

## ADIÓS FILOMENA, ADIÓS

Filomena colocó cariñosamente el portarretratos con la foto de sus nietas en la caja de cartón, junto al imperecedero cactus y a la desgastada agenda.

Levantó la vista y recorrió cada recoveco de la oficina vacía. No se acostumbraba a ese insólito silencio.

Llevaba treinta años trabajando entre esas cuatro paredes. Una semana antes había recibido la carta de Recursos Humanos:

*“... Debido a la ausencia total de asuntos a tratar en su departamento, nos vemos en la obligación de prescindir de sus servicios...”*

Recogió varias pajaritas de papel mal rematadas, descolgó los dibujos de la pared, regalos de los niños que se habían entretenido mientras ella atendía a sus desdichadas madres. Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver unos garabatos que intentaban parecerse a ella. En una esquina del folio, escrito con trazo infantil, volvió a leer una vez más: “Gracias Filo”.

Sujetó la caja junto a su cadera, miró por última vez el reloj de la pared y salió a los soportales, contempló el hermoso cuadrilátero irregular que la había acompañado cada día al entrar y salir de su trabajo. Hombres y mujeres reían en las terrazas.

Una inmensa alegría la inundó, se giró sobre sus pasos y con orgullo observó a dos operarios encaramados en ambas escaleras. Descolgaban el letrero de la fachada y Filo, con lágrimas en los ojos, pudo leer: *“OFICINA PARA LA IGUALDAD”*